





# ASALTO A LOS MITOS



José Cardona Andújar

# ASALTO A LOS MITOS



Primera edición: marzo 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© José Cardona Andújar

© Imagen de portada: José Vicente Cardona Jiménez

ISBN: 978-84-19151-46-9

ISBN digital: 978-84-19151-47-6

Depósito legal: M-6536-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mi familia, el mayor tesoro que poseo.  
A todas aquellas personas que tienen la paz como bandera.  
Ah, y a Carla, mi nieta, que aún está en edad de soñar.*





# PERSONAJES DE FICCIÓN

## **PROTAGONISTA**

FRANCISCO CAMPILLO MORALES

## **FAMILIARES**

DESIDERIO CAMPILLO JIMÉNEZ, nieto

FRANCISCO DESIDERIO CAMPILLO ROS, hijo mayor

MARÍA JIMÉNEZ GARCÍA, nuera

M.<sup>a</sup> DE LAS MERCEDES ROS VERDÚ, esposa

GERTRUDIS MORALES MARTÍNEZ, TÍA TULICA, madre

DAVID Y ANTONIA, tíos

FEDERICO CAMPILLO ROS, hijo menor

JOSÉ CAMPILLO CASTAÑO, padre

ISIDRO CAMPILLO MORALES, hermano

ANTONIO MARTÍNEZ, primo

MERCEDES MORALES MARTÍNEZ, tía

## **OTROS**

JOAQUÍN, QUINO, amigo de Francisco

VICENTE VILLAESCUSA Y MARÍA CAMPILLO, terratenientes

DON EZEQUIEL GARCÍA HERMOSILLA, maestro de escuela

MONTSERRAT, amiga catalana de Francisco

CEFERINO CARBONELL PUIG, guardia

GREGORIO ALÍA SÁNCHEZ, sargento

ALONSO MONEDERO, teniente

JAVIER IZQUIERDO, teniente de Artillería Antiaérea

ROSENDO OCHAÍTA, guardia

GUMERSINDO PEDRAZA, capitán 40.º Grupo Especial

JAVIER LARRÍNAGA MUNAÍN, jefe del campo de Orduña

AGUSTÍN MORALES, paisano de Francisco

JOSÉ ABELLÁN PÉREZ, funcionario del INC  
FELIPE LORENZO, guardia 40.º Grupo Especial  
SEVERINO JESÚS MESEGUER GÓMEZ, alcalde  
JULIO CALVO ALBELOA, capitán de Ingenieros  
JUAN PEDRO PÉREZ CASCALES, guardia  
RÉGULO ANDÚJAR AGUILERA, trompeta del Regimiento de Ingenieros n.º 3  
ANTONIO GONZÁLEZ CORBALÁN, amigo íntimo de Francisco  
SERAFÍN GARRIDO, peluquero Regimiento de Ingenieros n.º 6  
P. ANACLETO CAMPILLO MARTÍNEZ, misionero católico  
ANTONIO ANDÍA Y GÓMEZ DE OÑATE, sargento Ingenieros n.º 6  
JOSEBA PUENTE RUIZ, escribiente Ingenieros n.º 6  
IGNACIO SOLOZÁBAL, capitán frente del Ebro  
TIBERIO QUIROGA, teniente frente del Ebro  
ADA, madre de Montserrat  
ASUNCIÓN, familiar de Ada  
MANUEL SALDAÑA, comandante Ingenieros n.º 3

# INTROITO

Anno domini, 2020

*Omnium rerum principia parva sunt*<sup>1</sup>

MARCO TULIO CICERÓN

(*De Finibus*, 5, 21)

**A**FIRMABA Víctor Hugo que melancolía es la felicidad de estar triste. Quizá tuviera razón el gigante galo de las letras. Pero, tal vez, este sentimiento no sea sino el eco del rumor de ajenas alegrías, observa, crítico y poético, Álvaro Pombo. Somos muchos los humanos que escuchamos esos ecos en la vida. Para Aristóteles, todos los hombres con talento han sido melancólicos. Pero no solo son así los talentosos. El hombre lo es por naturaleza, lleva la murria en los genes desde su concepción en el útero materno. Lo confirma Petronio: «Animus quod perdidit optat, atque in praeterita se totus imagine versat».

<sup>2</sup>Y esta es la humilde pregunta que hago a Víctor Hugo: ¿deberíamos ser todos felices si, según Petronio, cada uno vivimos siempre añorando con nostalgia lo que fuimos? Pudiera ser, pues llevamos constantemente en nuestras alforjas ese nostálgico recuerdo del pasado. Y creo que no es así. Mantengo que, más allá de nostalgias y melancolías, bastantes humanos han sido, y son, capaces de disfrutar momentos felices en su vida. Y ser ejemplares para muchos de nosotros.

Entiendo que este pueda ser el caso de mi abuelo Francisco, hasta hace poco tiempo un desconocido para mí. Una persona que jamás pude imaginar que tuviera tantas cosas que decirme. Porque la riada de páginas que introduce este prefacio contiene el inesperado mensaje de un ex guardia de Asalto y confirma la conclusión que refiero en el párrafo anterior. Fue feliz en ocasiones.

---

1 «Los principios de las cosas son pequeños».

2 «El alma añora lo que perdió y totalmente se vuelca hacia el pasado» (Satyricon, 128, 6).

En otras, no tanto. Pero nostálgico, siempre. La lectura de ese número harto generoso de folios lo explica. Mi intención aquí es hacerlos llegar al lector. Y, además, justificar el tortuoso origen de las mismas.

Fallecido Francisco Desiderio Campillo Ros apenas comenzado 2018, a los setenta y un años, y con mi madre, María Jiménez García, ausente hace una década, me ha correspondido enfrentar las complejas y enojosas gestiones propias de estas circunstancias: tramitar en el tanatorio la incineración del cadáver, recabar certificado de últimas voluntades al Ministerio de Justicia, la farragosa búsqueda de testamentos en notarías comarcales, valoración patrimonial para abonar el impuesto de sucesiones o entrega del certificado de defunción en varias instancias, entre otras, me han tenido ocupado los últimos meses.

He tomado, junto a mis hermanos, decisiones sobre el destino del viejo mobiliario de la casa, los libros de la biblioteca en la que abundaban volúmenes de filosofía, pedagogía, poesía, historia..., así como el reparto de antiguas fotografías mostrando entrañables momentos pretéritos. O el insospechado paradero de ciertos documentos acumulados durante décadas en la vetusta vivienda familiar. Todo esto nos ha obligado a visitarla en varias ocasiones e ir elaborando el inventario de lo que allí había. Y su justa distribución.

Tras largo tiempo deshabitada, sus habitaciones, aquellas donde otrora hubo risas, nacimientos, horas de estudio y de sueños, proyectos esperanzados, villancicos, polvorones, algún cordial traído por familiares desde Murcia por Navidad, felicitaciones en Año Nuevo, juguetes en el frío y gozoso amanecer de Reyes Magos, celebraciones de cumpleaños... y fallecimientos, se habían convertido en un espacio de humedades y silencio. Y de tristeza, en lo que fue, durante más de cuarenta años, el ágora alegre y bulliciosa de tres generaciones.

En ellas se han hecho viejos, muy viejos, el tapiz africano recuerdo de una mili en Melilla, cañerías y grifos y lámparas, y el pato y el faisán disecados que coronaron, durante años, el mueble-librería de la sala de estar. Y olvidada bajo el hueco de la escalera, toda marfilada de polvo, estaba la máquina de escribir de mi abuelo Francisco Campillo Morales, la Olivetti DORA. Con ella mecanografió docenas de poemas en castellano y panocho, hechos a golpe de tecla, café... y recuerdos.

En el despacho de mi padre, impecablemente ordenado, dormía su biblioteca con centenares de volúmenes, un PC inundado por desordenados archivos, la impresora HP Deskjet F4280 y una cajita de cartón, un tanto ajada, donde conservaba media docena de *pendrives*. Reconozco que estos *pinchos* mordieron mi curiosidad, me urgieron a conocer su contenido. Un auténtico *guante* que decidí recoger un próximo fin de semana.

Influenciado por el ambiente, me agarró el inevitable tufillo a nostalgia, recordando momentos vividos que me golpeaban mostrando la finitud de personas y cosas, su ineludible caducidad. Todo ello me llevó a pensar en nuestra progresiva decadencia. Ha sido todo un aprendizaje de la vida del hombre. No pude evitar recordar los versos de Miguel Hernández en su *Cancionero y romance-ro de ausencias*. Así, tan bellamente, lo dice un poema: «Por las calles voy dejando / algo que voy recogiendo: / pedazos de vida mía / venidos desde muy lejos. / Voy alado a la agonía, / [...] en el umbral [...] / latente de nacimiento».

Qué más, y mejor, se puede decir sobre las sensaciones que se han adueñado de mí al realizar las referidas tareas. Y en este territorio de soledad y añoranza, he sentido el aroma de otra época. En él hasta arañas han tendido su morada, especialmente en el antiguo almacén, hoy geografía de trastos, levantado en el patio a principios de los setenta.

Durante la compleja revisión de *pendrives* y el saturado disco duro del ordenador, encuentro archivos de diversos temas... y sugerentes denominaciones. Textos de múltiples conferencias, ponencias a congresos, simposios, jornadas y seminarios; presentaciones en Power Point para esos eventos académicos, solicitudes de quinquenios, contratos de arrendamiento de alguna de las viviendas de su propiedad, poemas, pregones de diferente naturaleza, currículos propios. Incluso los hay que contienen capítulos de decenas de sus libros editados en su día. Mucho más recientes, docenas de carpetas. En una de estas, *Documentos de cátedra*, guarda los proyectos docentes e investigadores presentados a la oposición *ad hoc*.

Entre estas carpetas, existe una *Vida de mi padre* que despierta especialmente mi curiosidad adobada de sorpresa. Al abrirla, puede leerse el título *Asalto a los mitos*, que, en principio, no ayuda demasiado a adivinar su contenido. Documento que, como tantos otros, desconocía. Al ojear, expectante y algo acelerado, las primeras páginas, constato el tema y finalidad del trabajo que contiene. Conociendo ya de qué trata, decido comenzar su lectura con más sosiego... y atención. Me ha transportado, con placer, a un mundo diferente, a una sociedad distinta.

Numerosas sombras de mi pasado, la opacidad en la que hasta ahora se escondían mis ancestros más cercanos, se retiran con la suave brisa de cada página del documento. Los dos Franciscos, abuelo y padre, van cobrando nitidez, sobre todo el primero, como sucede con tu propia imagen cuando limpias el vaho sutil, casi invisible, del espejo donde te miras. Percibo que ambos se me acercan. Cada renglón es una pincelada de nuevo conocimiento sobre personas y tiempos. En especial, los de mi abuelo, protagonista del relato, a quien siem-

pre situaba tras la boria de esas batallas ideológicas de una guerra civil que, para mi generación, es ya casi prehistoria.

Transcribo en este trabajo el contenido de la carpeta donde mi padre reconstruye, aliñada con alguna dosis de imaginación, la biografía del suyo. Pero que nadie piense estar ante un libro de historia de la guerra entre nacionales y rojos. Es cierto que retazos de la contienda reviven, se hacen presentes en la narración, pero exclusivamente cual explicación y trasfondo de una vida, un testimonio: los de mi abuelo. No es, pues, la guerra civil la que aparece en estas páginas. Es la guerra de Francisco Campillo Morales y los conocimientos que aprendió en y desde su reflexión sobre ella.

Por mi parte, he incorporado el epílogo, además de este prólogo, con entradillas en latín. ¿Por qué utilizo esta lengua, hoy más olvidada y muerta que nunca? Sencillamente porque mi padre y mi abuelo, aún sin haberlo aprendido con la profundidad deseada, amaban el idioma latino. Y, además, por fidelidad al estilo elegido para armar la estructura de esta narración.

Y hablando de estructura, estas memorias se distribuyen en treinta y tres capítulos, episodios, como denominó Francisco Desiderio, acaecidos en fechas dispares de una vida, que, apoyándose en la técnica *flashback*, se suceden alterando el orden cronológico en que ocurrieron. Unos reflejan avatares biográficos de mi abuelo redactados en primera persona. Otros cuentan una serie de diálogos mantenidos siempre en un mismo lugar. En estos, mi padre redacta el contenido de los mismos. Un complicado oficio del que, a mi parecer, sale airoso, pero que no hace justicia a lo que él fue en realidad. Su personalidad la esconde adrede para hacer brillar la de su padre.

¡Bien quisiera escribir yo las tuyas algún día!

Tras reflexionar las conversaciones entre padre e hijo, percibo, en las manifestaciones del primero, su voluntad desmitificadora de una serie de conceptos, fabulados hasta el extremo, y aún vigentes en su cultura... y también en la nuestra. Fábulas que no dejan en buen lugar a regímenes y personas... aparentemente ejemplares. De ahí el título elegido por mi padre para las memorias del suyo. No me doy licencia para incorporar subtítulo que evite la sorpresa que ha supuesto para mí su lectura y de la que no deseo privar a sus futuros lectores.

Es sumamente curiosa, sorprendente, la disparidad percibida entre las ideas de Francisco en la obra y lo que yo creí que fuera su concepto de lo social y, sobre todo, religioso. Una percepción que me he visto obligado a modificar de raíz. Al dictar estas memorias hacia el final de su vida, tal vez quiso disfrutar de la libertad que nunca tuvo, o al menos no creyó tener. Acaso deseó poner alas a su pensamiento, ideas e inquietudes, a muchas ilusiones e ideales abatidos

por una realidad devoradora de sueños y buenas voluntades. Sea como fuere, bienvenidas sean sus reflexiones a lo largo de estas páginas... porque invitan a las nuestras.

Y, ¡ojalá!, a las de otras personas.

Yo, que tengo poco de poeta, al contrario de mi abuelo e, incluso, mi propio padre, tan solo lo que permite la sociedad materialista y robótica que me rodea, donde el automatismo es metáfora de vida, siento tristeza al constatar que la existencia de cada persona, por tanto, la de mi abuelo, sublima el poema de Gil de Biedma: «Que la vida iba en serio / uno lo empieza a comprender más tarde / —como todos los jóvenes, yo vine / a llevarme la vida por delante. / Dejar huella quería / y marcharme entre aplausos /—envejecer, morir, eran tan solo / las dimensiones del teatro. / Pero ha pasado el tiempo / y la verdad desagradable asoma: / envejecer, morir, / es el único argumento de la obra»<sup>3</sup>.

DESIDERIO CAMPILLO JIMÉNEZ

---

3 Jaime Gil de Biedma en su poema «No volveré a ser joven».





## AUGURIOS

*Cuando los enemigos del reinado de Jesucristo avanzan resueltamente, ningún católico puede permanecer inactivo. Caiga la maldición de Dios sobre España si arraiga la República.*

Pedro Segura  
Cardenal de Toledo, primado de España (Pastoral, abril, 1931)

*Vivimos una hora histórica en la que se ventilan los sagrados intereses de la Religión y de la Patria, una contienda entre la civilización y la barbarie (...). Con los sacerdotes han marchado a la guerra nuestros seminaristas. ¡Es guerra santa! Un día volverán al seminario mejorados. Toda esta gloriosa diócesis, con su dinero, sus edificios, con todo cuanto es y tiene, concurre a esta gigantesca cruzada.*

Marcelino Olaechea Obispo de Pamplona (1935-1946)  
Noviembre de 1936<sup>4</sup>

*Jesús conoció a lo largo de su vida el crecimiento de una desigualdad que favorecía a la minoría privilegiada de Séforis... y provocaba la inseguridad y pobreza de bastantes familias campesinas. La actividad de Jesús en medio de las aldeas de Galilea y su mensaje del «reino de Dios» representaba una fuerte crítica a aquel estado de cosas. Su firme defensa de los indigentes y hambrientos, su acogida preferente a los últimos de aquella sociedad, o su condena de la vida suntuosa de los ricos de las ciudades, eran un desafío público a aquel programa socio-político que impulsaba Antipas, favoreciendo los intereses de los más poderosos y hundiendo en la indigencia a los más débiles.*

Pagola, J. A. (2007, 27-28)

---

<sup>4</sup> Fuente: Figuero, J. (2001).



# Episodio I

## EN UN PUEBLO DE CASTILLA (1)

*Nec fuge colloquium, nec sit tibi ianua clausa.*<sup>5</sup>  
PUBLIO OVIDIO NASÓN  
(*Remedia amoris*, 587)

**L**A JORNADA ha transcurrido arisca, ventosa y fría, fosca... Quizás de temperatura severa para un atardecer de primeros de diciembre. El aire *gallego*, portador de lluvia por estos parajes mesetarios, amenaza ser fiel a sus principios. Solo eso. Los nubarrones, con sus panzas de color grisáceo oscuro, todavía no escupen el agua que llevan en las entrañas. La luz del crepúsculo otoñal trae penumbra a la sala. En ella hay dos personas. Francisco, entrado en años, sentado en el sillón de oreja, de espaldas a uno de los rincones de la reducida habitación. Frente a él, un hombre joven, Francisco Desiderio, hijo del primero, porta minigrabadora de voz y un bloc de notas.

Este último, con voz queda, es quien inicia el diálogo.

—Comenzamos un viaje a tu pasado, tal como sugeriste hace unos días. Repasaremos los acontecimientos más relevantes que has vivido, tus apreciaciones acerca de ellos y los valores que han fundamentado tus ideas, actuaciones y decisiones. Por cierto —le pregunta para ir entrando en faena—, ¿qué es para ti el pasado?

—¿El pasado...? —repite extrañado Francisco, que no esperaba un interrogante de esta naturaleza—. Pues... para mí... —balbucea—, lo que ya ha sucedido. Pero... hay dos clases de pasado. El de cada persona queda prendido, prisionero, en el trastero de nuestra vida, agarrándose con uñas y dientes a los recuerdos, a los míos en este caso. Pero existe el pasado de

---

5 «No rehúyas la conversación, el diálogo, ni le cierres la puerta».

cada sociedad humana, el ayer de un colectivo que recogen la historia y las tradiciones.

—Aquí indagaremos en el tuyo, esa senda que, como apunta Machado, nunca has de volver a pisar. Es posible que así sea, pero me he preguntado infinidad de veces por la naturaleza de lo pretérito, de eso cada vez más lejano y prendido en las brumas del recuerdo de los hombres.

Y mirando detenidamente a su padre, inquiere acerca de algo que siempre le ha preocupado y para lo que nunca halló respuesta convincente.

—Me refiero a tu pasado en especial, ¿cuál es su naturaleza, es tiempo o huella, un conjunto de momentos o de aconteceres?

—¿Y por qué no ha de ser ambas cosas? —argumenta Francisco cuestionando así la disyuntiva que encierra el anterior interrogante de Francisco Desiderio—. La niñez es pléyade de instantes pasados que jamás nos abandonan, el conjunto de hechos protagonizados y su incidencia en nuestras vidas, esos que alimentan la pequeña o gran historia de cada uno..., mi historia.

—Sí, opino que el pasado se hace a golpe de días y quehaceres, de éxitos y fracasos, de horas vividas... y sentimientos —admite el hijo.

Y continúa con pretensiones de erudición:

—Afirma Oscar Wilde que el problema de envejecer es que no envejecemos por dentro. En lo más profundo de nosotros siempre nos *veemos* con la frescura de los pocos años, provocando, en tantas ocasiones, falta de armonía entre lo físico, que se degrada devorado por el tiempo, y el espíritu, en general, descaradamente joven, lozano..., díscolo casi siempre...

Tras ello, retoma el tema correspondiente a la sesión.

—Pero aun admitiendo esta realidad, ¿representa el pasado lo mejor de cada uno?, ¿es tu pasado lo mejor de ti mismo, padre? Desearía conocer tu opinión.

La dificultad de responder a esto se ve reflejada en la expresión de Francisco, en su mirar empañado por la duda y buscando una respuesta que, al parecer, no acaba de encontrar. Todo parece indicar la lucha interna entre sentimientos dispares. De repente, algo en sus pupilas anuncia el final de un túnel, el anuncio de una solución.

—Veamos una contestación desde lo poético —anuncia el padre, quien, no siendo más que rimador aficionado, ama la poesía—. Algunos poetas, fruto de su pensamiento y experiencia, hablan de él como lo más amable y apreciado de la vida, de ese efímero paraíso que perdemos, sin darnos cuenta, al paso de los días.

—Y en muchos también anida una concepción materialista de nuestra existencia —afirma Francisco Desiderio—. Algunos opinan que en el pasado siem-

pre estamos más alejados de la nada, del no ser. En una palabra, de la muerte. Piensan que desde el principio caminamos hacia el final.

—Tal vez lo que me refieres sea una visión epidérmica, sin asumir lo trascendente de nuestra vida, como defienden algunas religiones, entre ellas la católica.

—No es fácil, padre, validar o refutar estas hipótesis acerca de lo positivo del pasado frente al presente y futuro. Aunque Antonio Machado insiste: «Todo pasa y todo queda, / pero lo nuestro es pasar, / pasar haciendo caminos, / caminos sobre la mar»<sup>6</sup>.

—Esos caminos —interpreta el padre— que se pierden en la espuma de las olas, en la neblina de los días o la oscuridad de la noche, en lo olvidadizo de la experiencia cotidiana...

Y, echándose en manos de la nostalgia, apunta:

—Al llegar a mayores, atesoramos vivencias que nada aclaran, aunque en ellas domine la sospecha de nuestra finitud. Esto empodera el pretérito. Pero sin certeza.

Y agrega suspirando:

—Las experiencias vividas no liberan de los misterios que esconde la vida. Lo dice la Biblia en el Libro de Job<sup>7</sup>: «Hesterni quippe sumus et ignoramus»<sup>8</sup>—argumenta el padre rememorando biblias y latines—. Acuérdate de Manrique. Para él, cualquier tiempo pasado nos parece mejor —e interrogándose a sí mismo, aventura—: ¿Lo decía, quizá, porque nuestra juventud nos sitúa más alejados de la muerte?

—Tal vez... —admite el hijo—. Pero no para todos estar más alejado del fin terrenal es lo mejor. Son múltiples los testimonios poéticos de lo contrario. Los hallamos en hondas aportaciones de la mística, en los versos de santa Teresa. Recuerda, si no, aquello de «Vivo sin vivir en mí, / y tan alta vida espero, / que muero porque no muero».

Intentando cerrar el tema, inquiere:

—¿Anida la verdad en los últimos testimonios citados o en la interpretación que hago de las hermosas palabras de Machado?

—No tengo respuesta a eso..., nunca tuve certeza, ni la tengo aún —observa dubitativo—, de si esos versos de la santa abulense eran fieles a lo que sentía... o buscaba simplemente la belleza literaria. No estoy seguro —corroborado—. Pero, con independencia de cuál sea la verdad, no es aconsejable vivir sin pasado; más aún, es imposible vivir sin él —aventura Francisco en una de sus ocurrencias filosóficas.

---

6 En su poema del mismo nombre.

7 Capítulo 8, versículo 9.

8 «Nosotros somos de ayer y no sabemos nada».

—Podiera ser, pero retomemos el tema que nos ocupará —insiste Francisco Desiderio—. Deseo escribir tu vida, los avatares más importantes de ella. Para tus hijos, que no la conocemos con detalle, y tus nietos y los hijos de tus nietos... Quién sabe... En todo caso, intento hacer historia de tus historias.

El anciano, cómodamente sentado en el *orejero*, con una manta sobre las piernas para protegerlas de la temperatura cada vez más fría, observa al hijo mayor del matrimonio con María Mercedes Ros Verdú. Francisco tiene un cansado mirar teñido de ayer. En esa mirada, un tanto apagada y nostálgica, centellea, aunque solo de cuando en cuando, una chispa apenas perceptible, una especie de relámpago fugaz que indica algo parecido a la ilusión. Se siente protagonista, como en tiempos no tan distantes de su vida.

—No me digas que no la conoces. Te la he contado mil veces —argumenta el anciano con fingido cansancio, en un intento de camuflar la complacencia que le produce la propuesta que se le hace.

Era verdad... pero matizable. Francisco Desiderio quiere escribir las memorias de su padre y necesita escuchar su versión de los hechos que protagonizó, especialmente aquellos que sucedieron en esa etapa acaecida en tiempos irrepetibles y esperanzadores en lo personal, pero convulsos en lo familiar, social y político. Aquellos acaecidos en la España compleja y desquiciada de entonces. Necesita indagar las circunstancias, trágicas en ocasiones, coincidentes con la niñez, adolescencia y juventud de su padre. Esto lo sabe, pero solo a grandes rasgos, con ese conocimiento hilvanado en retales de ideas muy generales e inconexas, sin entrar en las causas que las provocaron y cómo condicionaron su vida.

Es preciso oírlas de su propia voz, saturada de matices afectivos, altamente emocionales a veces, mediante una narración sistemática, enriquecida por observaciones e interrogantes ordenados en el tiempo. Susceptibles de aportar luz a los acontecimientos biográficos de su progenitor. Ello requiere consultar fuentes históricas que permitan contrastar datos y situaciones deformadas por el paso de los días. Es preciso aportar rigor a recuerdos enmarañados por esporádicas manifestaciones de alzhéimer del viejo Francisco, a las evocaciones que acaban diluyéndose en el humo blanco de la vieja memoria de un hombre viejo.

—Padre, para lo que me propongo, debes comenzar por hablarme sosegadamente de tu nacimiento, de tu niñez..., de tu infancia.

—¡Ah, mi infancia! —suspira Francisco rememorando todo aquello—. Ese trayecto de la vida atesora años maravillosos en la mayoría de hombres —queda en silencio un rato largo, pensativo, mirando el enlosado de la estancia, pareciendo rumiar no se sabe qué—. Tú mismo —prosigue por fin— has escrito de ella en uno de tus libros.

—Sí, eso lo sé, pero quiero ahora que hablemos de la tuya en particular, reconstruirla con tus recuerdos de ella que todavía permanecen agazapados en tu memoria —y añade motivador—: En esa maravillosa capacidad que tienes para acordarte de nombres y fechas.

Como si no hubiera escuchado las últimas palabras del hijo, continúa lo que parece un diálogo consigo mismo buscando en su pasado. Da la impresión de que hablara a un interlocutor escondido en una época tan lejana que solo él puede ver.

—Nunca abandona al hombre esa etapa de su vida, siempre le acompañan retazos de una época maravillosa para algunos, fascinante siempre. La infancia irrumpe con frecuencia en nuestras vidas, también en la mía, aunque no sin cierta añoranza y, en ocasiones, hasta con miseria hacia mí mismo. Percibo que con ella se me fueron momentos entrañables e irrepetibles —subraya—. Exiliados para siempre en el inalcanzable país de lo que fue... y jamás volverá a ser.

Calla. Francisco Desiderio hace lo mismo. Intuye que su padre aún no da por acabado el balance fugaz de su pretérito, de un ayer que en este momento despierta del sopor de la distancia y se acerca lentamente desde el sosegado corcel de la remembranza.

—Pero ni por esas evito la tentación de regresar a ellos. Son años en que uno se va haciendo a sí mismo, adquiriendo hábitos que se adhieren a tu vida —y en un susurro apenas audible, recuerda a Virgilio—: «*Adeo in teneris consuescere multum est*»<sup>9</sup> —e inquiere—: ¿Es necesario que te lo traduzca?

Rehúsa el hijo con un gesto.

—La niñez es esa edad, hijo, en la que todo te parece posible, que la vida, tu vida, nunca acabará —tras breve pausa, añade—: Son años en los que cualquier cosa te parece real, como en aquel poema de Brull titulado «El niño y la luna».

De nuevo Francisco y la poesía cual dos realidades inseparables. Viajero en esta aleación entre lo real e imaginario, Francisco rememora lecturas realizadas en su lejana escolaridad.

—Aún recuerdo algunos de los versos de Brull, memorizados en las recitaciones escolares con don Ezequiel. Aquellos que se refieren al niño y la luna jugando un juego que nadie ve... La infancia es la única etapa que te invita a creer en la infinitud de la vida, que estás aquí para siempre. La muerte te es ajena, no existe aún en el incipiente vocabulario de la niñez. ¡Bienaventurada creencia que, con los años, termina haciéndose pedazos!

Guarda silencio, si bien sus ojos, entrecerrados, miran, turbios, a la distan-

---

<sup>9</sup> «Hasta tal punto son importantes las costumbres adquiridas en nuestra infancia». (Geórgicas, 2, 272)

cia imposible en la pequeña salita de estar. De hecho, continúa su discurso sin mirar al hijo, ni al suelo enlosado, ni a la pared de enfrente, de la que cuelga el retrato de su madre, tía Tulica, en imagen otoñal de una gran mujer. Parece mirar su pasado que se esconde, cual tiempo detenido, en desdibujados arcanos de la mente.

—La infancia es nuestra verdadera patria, a la que es imposible renunciar. La niñez es el periodo de la vida donde todo es posible, hasta jugar con la luna, con esa contingencia emanada de la ilusión y la esperanza.

Parecen revolotear otras vivencias ahora por su mirar fijo y remoto. Se adivina el preludio de la sentida declamación de un poema.

—¡Salve, hermosa niñez! —recita ausente, huido de la pequeña sala—, la lisonjera esperanza del mañana; la nueva generación que llega, ufana, a bregar en las justas por la vida, nueva generación que llega...<sup>10</sup> ¿Recuerdas, Paco, estos versos? —interroga al hijo declamando el poema que siempre ha estado sumergido en la memoria.

De pronto embrida su mirada desbocada de recuerdos y regresan sus ojos al presente, a su sentada en el orejero junto al hijo mayor. Incluso a la sensación de frío cuando sus manos, un tanto temblorosas, tiran de la manta para ajustarla a sus piernas, que se le antojan heladas. Como insensibles.

Con la venida de todas estas cosas, otras lo abandonan..., vuelan del momento hacia otra extraña dimensión. Entre ellas, el titilar de los sueños en sus pupilas que, por un rato, le han llevado lejos del sillón donde se sienta y casi vive cada uno de sus días. Regresa a la realidad de esta tarde fría y desapacible de finales de otoño; y, también, a su carácter, irascible en ocasiones; a la tozudez que caracteriza su personalidad desde que el hijo lo recuerda.

—Lo he pensado mucho, por eso quiero que escribas mi biografía en el orden en que yo la cuente. De lo contrario, no hablaré nada —dice, más bien sentencia con firmeza—. Y ahora no me apetece hablar de mi nacimiento, ni de mi niñez, ni siquiera de la adolescencia, ¿lo entiendes? Ni de mis años mozos.

—Pero resulta imprescindible que hablemos de ello —protesta el hijo—. De no ser así, ¿qué memorias haríamos?, ¿qué clase biografía legarías a quienes venimos tras de ti?

—Otro día tocará... Te lo prometo. En este momento me apetece hablar de otra cosa. Y así lo haré —replica—. Escribe, pues, en el orden en que yo te dicte.

—¡De acuerdo! —responde, conciliador, Francisco Desiderio—. Ya lo ordenaré cronológicamente, en el orden en que sucedieron las cosas.

10 Son los versos del primer cuarteto de un poema titulado «A la niñez», cuyo autor es el poeta mejicano Agustín Lanuza.



—¡De ninguna manera! —contradice, iracundo, el padre—. Me has de prometer que dejarás constancia de todo según yo te lo cuente —y advierte con velada amenaza—: ¡Si no lo vas a redactar de esta forma, no hay nada que hacer!

Tras el exabrupto, se va calmando el viejo Francisco.

—Pero, padre —protesta Francisco Desiderio—, aquí de lo que se trata es de escribir tu vida, ¿o no?

—Sí, aunque si deseas motivar su lectura, lo que sucede en cualquier novela, hay que escribir en clave literaria... y no pedagógica —precisa Francisco—. ¡Debes entenderlo de una vez!

Francisco Desiderio ofrece, un poco afectado por la recriminación, el silencio por respuesta a las últimas palabras de Francisco. No desea entrar en discusión sobre este asunto del orden, si bien intuye que su padre puede estar en lo cierto.

—Por tanto —persiste Francisco en tono autoritario—, hazlo como te digo —y augura—. Solo así puedes esperar que tus hijos lean las batallitas del abuelo.

No obstante lo anterior, Francisco acude a lo pedagógico. Desea que el hijo acepte y aplique sus orientaciones sobre cómo ordenar los diferentes episodios de su biografía. Adopta, irremediabilmente, un rol didáctico en su intervención.

—Piensa bien lo que voy a decirte, Paquito —solicita conciliador—. Para mí y, sin duda, para ti, sean de interés los acontecimientos de mi vida que voy a contar. Serlo con independencia del orden elegido al presentarlos. Sin embargo...

—Vale, no te esfuerces más en explicarlo, los presentaré por el orden que tú me los vayas facilitando...

Y en voz baja, un tanto evocadora, agredida por los humos y cansada de la vida, surgiendo desde la creciente oscuridad que lentamente se adueña de la sala, comienza con la fluidez de siempre el discurso sobre aquello que recuerda de su biografía.

Una hora después, bien entrada la noche, Francisco Desiderio decide dar por concluida la sesión de trabajo.



## Episodio II

# VALENCIA-BENICASIM

*Multos reges, si ratio te rexerit.*<sup>11</sup>  
LUCIO ANNEO SÉNECA  
(*Epistulae ad Lucilium*, 37, 4)

**A**L CUMPLIR dieciocho años, posiblemente influenciado por las delicadas circunstancias de la época, decidí ingresar en el atractivo Cuerpo de Seguridad y Asalto (Grupo Uniformado), la fuerza creada recientemente por el gobierno republicano<sup>12</sup>, origen y equivalente a la futura Policía Armada, esta nacida ya durante el régimen instaurado tras la guerra civil, régimen de aciago recuerdo para mí.

No fue fácil vencer la resistencia que mi madre mantenía a esta iniciativa, pero una vez conseguida su imprescindible autorización, y realizadas las gestiones pertinentes en Murcia, lo que hice el día 3 de septiembre del 37, al siguiente partía por ferrocarril con destino a Valencia, donde, hacía ya tiempo, tenía su sede el Gobierno de la Segunda República ante la imposibilidad de realizar sus funciones en un Madrid sitiado por las tropas franquistas.

Una vez allí, me presenté en la Dirección General de Seguridad y entregué solicitud de ingreso en dicho cuerpo. Tras hacerme el preceptivo reconocimiento médico y las exigentes pruebas físicas reglamentarias, que superé, fui admitido.

Muy posterior a esta fecha, leí como requisitos para formar parte de este cuerpo medir mínimamente un metro ochenta centímetros y presentar una

---

11 «Gobernarás a muchos, si la razón te gobierna a ti».

12 Se crea el 30 de enero de 1932. Fue encargado de su organización el entonces teniente coronel Muñoz Grandes, quien también la dirigió hasta 1935. En 1936, por Decreto del 27 de diciembre de 1936, se fusiona con la Guardia Nacional Republicana conformando el cuerpo denominado Seguridad Interior.

constitución física excepcional, exigencias que cuestiono, ya que mi estatura fue aquel día, en control oficial, de ciento setenta y cinco centímetros. En cuanto a mi peso, aunque no lo recuerdo, rondaría los sesenta y pocos kilos.<sup>13</sup>

Contento de haber superado este primer obstáculo, salí, con Quino y otros camaradas, a pasear por la ciudad. En nuestro errar por sus calles y plazas, ya de anochecida desembocamos en una vía llamada de las Barcas, en la que estaba el hotel Victoria. Por su puerta entraba y salía gran número de personas, la mayoría vestidas de traje y corbata, muchas de ellas cubiertas con sombreros de época y, siempre, rodeados de varios individuos de indumentaria más modesta.

Un tanto sorprendido, pregunté por ello a un grupo de transeúntes con quienes nos cruzamos, respondiendo que en dicho hotel estaban hospedados varios miembros del exiliado gobierno de Madrid y bastantes diputados en Cortes.

La mejor palabra para referir lo que sentía ante todo aquello que estaba viendo es admiración; era para mí algo fascinante. Pero, al tiempo, vivía dos realidades distintas. Mi cuerpo físico estaba allí, pateando con asombro e ilusión lo que de maravilloso, y desconocido, me ofrecía una gran ciudad. Sin embargo, mi pensamiento me llevaba, sin poder evitarlo, al recuerdo de la pequeña población murciana en la que nací y viví hasta entonces. Noté que me llenaba de ausencias, de la lejanía de personas que en ella había dejado, mi madre y hermano, lo que más quería en el mundo, otros familiares... y amigos de toda la vida.

Constituía, aún me acuerdo, una situación lacerante acompañada de ramalazos de incertidumbre. Y dudaba ante la decisión que, días atrás, tomara haciéndome el sordo ante las recomendaciones de tía Tulica, mi madre, la que tanto padeció para que yo tuviera una aceptable instrucción que me evitara militar en el alto porcentaje de analfabetos que padecía la clase obrera en aquella España de mi niñez y a la que yo pertenecía.

Desde la parte del mar llegaba el sonido atronador del cañoneo que la armada nacional dirigía al puerto. Y el cercano ronroneo de algún FIAT CR-32 de la aviación legionaria del Duce para comprobar que los devastadores objetivos marcados se conseguían.

Más adelante, la ciudad nos regaló el escaparate Barrachina, que me pareció todo un lujo, enterándonos también que el hotel Londres, según vimos escrito en un pizarrín a su puerta, ofrecía la conocida y exquisita paella de la tierra en su menú del jueves seis.

13 Al parecer, estas condiciones no pasaron de ser la opinión defendida por Miguel Maura (político de la época, y militante, como Niceto Alcalá Zamora, de la Derecha Liberal Republicana). Afirmo esto porque no tengo conciencia de haber conocido estas exigencias, ya que, de saber que eran condición necesaria, no hubiera intentado siquiera ingresar en el cuerpo.

—¿Por qué no probamos mañana esa paella, Joaquín? —pregunté entusiasmado a Quino

—¿Tú crees que estará al alcance de nuestras posibilidades? —fue su contestación, realista como en él era habitual.

No dije nada ante lo evidente de su respuesta sincera, aunque disponiendo de una economía más boyante y como a continuación se verá, tampoco hubiéramos podido degustarla. En un quiosco compré un ejemplar de los periódicos *El Socialista* y *Frente Rojo*, este editado por el PCE.

Y continuó maravillándonos el rico patrimonio valenciano.

Vimos la iglesia catedral metropolitana, la *Sen* como allí se conoce, en la que predomina el gótico local, con su Miguelete o Micalet, el Mercado Central, joya del modernismo, finalizado hacía tan solo una década. En nuestro deambular, nos hallamos ante las inconfundibles Torres de Serranos, construcción bajo-medieval, icono, sin duda, de la ciudad, que acaricia la vista por su armonía y majestuosidad.

Para qué seguir...

Dado lo avanzado de la hora, buscamos un restaurante para cenar, esperando no tener excesivos problemas, ya que, aunque hasta meses más tarde no serían habituales las cartillas de racionamiento, la escasez de alimentos básicos comenzaba a hacer acto de presencia en bastantes zonas republicanas, a las que, superpoblada por refugiados procedentes de territorios tomados por las tropas nacionales, ya se sumaba Valencia.

Por la noche, en la pensión compartida con mi paisano y amigo Quino, comprobé que continuaba el bombardeo fascista, cuya finalidad principal era dejar fuera de servicio el puerto de El Grao. No obstante, según nos enteramos por la mañana, estos ataques provocaban daños colaterales, causando gran número de víctimas inocentes. Ancianos y niños no quedaban excluidos de tal desastre, como tampoco se libraba gran parte del numeroso patrimonio histórico de la ciudad al que me he referido.

En la jornada del 6, ya equipados con ropa de campaña, ordenó el mando nuestra incorporación a la Academia de Asalto, que funcionaba entonces en la costera población castellonense de Benicasim, capital de lo que allí llaman Plana Alta. En este centro, el plan de formación, a impartir durante solo veinte días, incluía instrucción militar (manejo de armas, ordenanzas, ejercicio de tiro) y legal (con base en los códigos Civil y Militar). Con esta puesta a punto, sin duda alguna insuficiente, se procedió a asignar destino a la nueva promoción de guardias.

Yo fui uno de ellos.

Una vez finalizado el curso, el domingo 26 de septiembre salí en camión, formando parte de una expedición de doscientos nuevos guardias, hacia Valencia, llegando a nuestro destino, el cuartel del cuerpo, ubicado en la calle Trinitarios, a las catorce horas. La orden decía que allí comeríamos. Tras ello, mediante el correspondiente sorteo, se anunciaría nuestro destino, al que nos incorporaríamos en breve: la mitad a Murcia y el resto a Almería. Mi alegría, ante la posibilidad de poder ir a mi tierra, fue grande, pero...

El teniente al mando de la expedición, mientras la tropa almorzábamos, contactó con la superioridad al objeto de obtener la pertinente documentación oficial para entregar en las unidades a las que fuéramos adscritos. Cuando regresó y comunicó el plan nos defraudó: no salíamos a ninguna parte. Quedábamos en Valencia agregados a los Grupos 14.º y 26.º de guarnición en la ciudad. Era una de las perores situaciones que podía tocarnos en suerte, pues no pertenecíamos de plantilla a ninguna parte, ni sabíamos que órgano militar pagaría nuestros honorarios, pero, eso sí, deberíamos hacer obligatoriamente el servicio encomendado desde la oficialidad de los citados Grupos.

Fui destinado al control situado en la carretera de Burjasot, vía que conducía a la residencia de varios ministros del Gobierno Negrín. De dicho servicio guardo una anécdota inolvidable. Estando de guardia, a las dos de la madrugada y lloviendo a cántaros, vi venir un coche desde Valencia.

Le hice el alto y se detuvo casi rozándome. Solicité el preceptivo salvoconducto, que me entregó el conductor, pero al ir hacia la luz de los faros a comprobar su validez, los apagó. Haciendo uso de mis facultades, amenacé con detenerlo si no facilitaba mi labor. Oí su risa y se identificó. Resultó ser mi paisano, y buen amigo, Javier Izquierdo, destinado como teniente en la Defensa Antiaérea. Nos abrazamos, y al día siguiente, libre ya de servicio, me trasladé temprano a su residencia y pasamos juntos la jornada.

Por esta época ya había escasez de alimentos en Valencia, y la carne de asno era corriente en platos de hoteles y restaurantes. Aconsejado por un compañero veterano, hacía mis comidas en Casa Vicente, situada en la Alameda, haciendo chaflán con la calle Alboraya. Como curiosidad, diré que desayunar costaba 40 céntimos diarios; el almuerzo, 75; y cenar, 60. Así, a mi alimentación destinaba 1,75 pesetas cada día, cantidad respetable para mis posibilidades en aquel momento.

Referido a este asunto, debo decir que costaba mis gastos con el dinero que me giraba la familia, ya que aún no se me había pagado sueldo alguno. Y llegó el momento en que en Casa Vicente dejaba mi último duro en plata, moneda que guardaba como oro en paño y que al salir de casa me entregó tía Mercedes, hermana de mi madre.

Cuando ya me amenazaba una absoluta falta de liquidez para continuar subsistiendo, se presentó el teniente que nos trajo de Benicasim y nos pagó la mensualidad de septiembre: 400 pesetas. Esta cantidad era un gran sueldo en aquellos tiempos y resolvía mi situación económica. Ahora sí podía permitirme saborear la sabrosa paella del hotel Londres.

Allí fui con Quino en varias ocasiones.

Fue entonces cuando decidí hacerme mi primer uniforme, de azul reglamentario, en lo que invertí 110 pesetas. Traje que me acompañó el resto de mi vida en esas viejas fotos, pocas, que todavía conservo de mis andanzas policiales. La fotografía ayuda a abrir las puertas del pasado, nos traslada a otros instantes y lugares casi siempre entrañables. Nunca reemplazará una fotografía los sentimientos vividos en cada momento reflejado, ni registra el latido del corazón en aquel tiempo, pero gracias a ella nuestro pasado regresa en imágenes fijas, cordiales, cálidas... cual pequeños trozos de nuestra historia que nos acompañan.

En cuanto a la situación general, era consciente, por noticias de prensa y radio, que la caída de Largo Caballero había enturbiado el clima de la ya desunida e indisciplinada zona republicana. Los distintos colectivos políticos y sindicales protagonizaban duros enfrentamientos entre sí, armados la mayoría de las ocasiones, y que tan mala imagen daban del régimen republicano. Ante este indeseable panorama, Negrín decidió convocar Cortes en Valencia, que, presididas por Martínez Barrio, se reunirían los días 1 y 2 de octubre.

Tal vez esto explicara el ajeteo observado en el hotel Victoria. Con esta decisión, se intentaba dar sensación de normalidad, algo que estaba muy lejos de la realidad. Ni siquiera el ofrecimiento de algunos ministerios a sindicalistas de Unión General de Trabajadores y CNT contribuyó a calmar el enrarecido y peligroso ambiente en las calles. Este panorama lo agravaban las difíciles relaciones del Estado español con una Generalitat presidida por Companys.

Se percibían desunión... e intereses contrapuestos.

Ya por estas tempranas fechas, como es lógico por lo que ya he dicho, se hablaba de un orden público muy mejorable, especialmente en los núcleos urbanos, y la posibilidad de que la Segunda República perdiera la guerra, afirmando algunos, Indalecio Prieto, por ejemplo (quien dimitiría como ministro tras la pérdida del norte, sobre todo de Asturias), que, de producirse la derrota, buena parte de culpa habría que buscarla en el comportamiento insensato, egoísta, de Cataluña.

No disponía entonces de información suficiente para asumir o refutar estos juicios de personaje tan eminente, aunque más tarde supe que, ya en este otoño

del 37, el ejército republicano era muy inferior al nacionalista, y ello en cualquier parámetro utilizado. A pesar de que, en este mismo mes, Vicente Rojo, uno de los militares más competentes, junto a Miaja, de nuestra milicia, fuera ascendido a general y nombrado jefe del Estado Mayor de nuestro ejército, en nada modificaba la superioridad de las tropas franquistas. Entre otras razones, porque dicho ascenso y cargo era más nominal que real.

Y estando así las cosas, sin otras novedades personales dignas de mención, transcurrían mis días.

Todo cambió el lunes 18 de octubre, fecha en que, otra vez, nos visitó el referido oficial para hacernos saber nuevas órdenes. Estas disponían que la mitad de nosotros iríamos destinados a Madrid; el resto, a Barcelona, lo que se decidiría mediante elección voluntaria, si esto resultaba posible. No lo fue, dado que prácticamente todos deseábamos la segunda posibilidad.

No hubo, pues, más remedio que sortear. Se hicieron tantas papeletas como participantes éramos, y cada una de ellas con un número. El acuerdo era: del uno al cien, irían a Madrid, y los demás, a la Ciudad Condal.

Tanto a mí, como a mis tres mejores amigos, incluido Joaquín, nos acompañó la suerte aquel día.

¡Barcelona!

Y mientras la mayoría de los *madriileños* maldecía su mala fortuna, los *catalanes* no cabíamos de gozo en nuestros uniformes. Para nosotros esta incierta aventura comenzaba bien, muy bien, esperando que constituyera la premonición, la promesa de un futuro que colmara las altas expectativas depositadas en esta nueva profesión que comenzábamos.